

Breve presentación de la raza Betizu

(Short presentation of the Betizu race)

Seilliez, Jean Pierre
Maison Ondibar
Chemin de Lizarlan
F-64700 Biriadou

BIBLID [1137-8603 (1999), 14; 67-72]

Los Betizus son unos bovinos –Bos taurus (Linneo)– salvajes que viven en las montañas vascas desde siempre. Son animales bastante pequeños, rojizos, de mucosas y pezuñas no pigmentadas. Tienen una cría cada dos años, en marzo. Sus sentidos están muy desarrollados. Son sedentarios dentro de un perímetro de varios kilómetros cuadrados donde forman pequeños grupos. Es una raza en vías de extinción por el poco interés que le manifiestan ahora sus derecho habientes: exterminación de unas poblaciones, absorción genética de otras... ¿Tendrá algún porvenir el Betizu?

Palabras Clave: Bovino. Salvaje. País Vasco.

Betizuak abelgorri «Bos taurus (Linneo)» basatiak dira eta euskal mendietan bizi dira betidanik. Abere aski txikiak dira, gorrixak, mukosa eta apatak pigmentatu gabe dituztenak. Ume bat egiten dute bi urtetan behin, martxoan. Oso zentzumen zoliak dituzte. Kilometro karratu gutxi batzuen barne mugitzen dira talde txikitik. Arraza hau desagertze bidean dago. abere horiek interes gutxi sortzen dutelako haien jabeengan: batzuen suntsipena, beste batzuen harra-patze genetikoa... Ba du etorkizunik gure betizuak?

Giltz-Hitzak: Abelgorria. Basatia. Euskal Herria.

Les Betizus sont des bovins –Bos Taurus (Linneo)– sauvages qui vivent dans la montagne basque depuis toujours. Ce sont des animaux plutôt petits, de pelage roux, de muqueuses et sabots non pigmentés. Ils ont un petit tous les deux ans, en mars. Leurs sens sont très développés. Ils sont sédentaires et habitent un périmètre de quelques kilomètres carrés où ils forment de petits groupes. C'est une race en voie d'extinction à cause du peu d'intérêt que leur portent leurs ayant droit: extermination de certaines populations, absorption génétique par d'autres... Le Betizu aura-t-il un avenir?

Mots Clés: Bovin. Sauvage. Pays Basque.

DENOMINACIÓN

“Betizu” se pronuncia “betisu”; por simplificación, nosotros conservaremos el término vasco “Betizu”.

Esta palabra significa en vasco “bovino salvaje” en oposición a “etxebehi” que designa una vaca doméstica, “de la casa”.

Los Betizu son denominados también dialécticamente “larrebei”, es decir, “vacas de las landas” o “basabei”, es decir, “vacas de los bosques”, “vacas salvajes” (recordemos que la palabra francesa “salvaje” viene del latín “silvaticus” y significa por tanto “de los bosques”).

ORIGEN

En el País Vasco, el toro salvaje es un animal cuya huella se pierde en la noche de los tiempos. A nivel mitológico, en primer lugar, cantidad de relatos tienen como tema el toro salvaje. A nivel de testimonios, encontramos también pinturas prehistóricas, huesos encontrados en excavaciones arqueológicas, escritos desde la Antigüedad hasta nuestros días.

¿Significa esto que el Betizu es un uro, es decir un toro salvaje idéntico a los que vivían aquí hace millares de años? Seguramente no, está claro que es diferente. Al igual que el conejo de monte, el jabalí, la carpa no son ya los mismos: se han cruzado con las formas domésticas y, además, en cierto modo, el hombre –involuntaria o incluso inconscientemente– los ha seleccionado como selecciona a los erizos (mediante la circulación rodada) o a los mosquitos (mediante los insecticidas) y a muchos otros seres vivos.

Por lo tanto, el Betizu ya no es un uro –aún cuando su antepasado lo era y es una forma de las más cercanas– pero tampoco es un animal fantástico que solamente existe en la imaginación. Pertenece a la especie *Bos taurus* (Linneo) representada por él mismo como raza salvaje –¿quizás la única?–, y por todas las razas domésticas de las que difiere en varios puntos.

SALVAJISMO

El Hombre ha adquirido desde hace algún tiempo tal poder sobre la naturaleza que de aquí en adelante es necesario describir en el pasado ciertos rasgos de este salvajismo.

1. El Betizu existía a pesar del hombre y no gracias a él sin embargo hoy en día, si el hombre quisiera, lo exterminaría fácilmente.
2. No había propietario, mientras que actualmente no existe ya una población de Betizu *res nullius*: o bien han sido exterminadas (por ejemplo la de Rhune en 1924), o han sido objeto de apropiación privativa.

En cambio, otros rasgos de este salvajismo siguen siendo actuales:

3. El Betizu se traslada a su gusto y frecuenta las montañas que le gustan.
4. Se alimenta solo, tanto en verano como en invierno.
5. Se reproduce sin que intervenga el hombre.
6. Su ciclo reproductivo –una cría cada dos años– es natural, unido a las estaciones.

En resumen, aparte de la caza, el hombre no interviene en absoluto en la vida del Betizu.

BREVE DESCRIPCIÓN

Es un animal con la parte delantera del cuerpo más desarrollada que la trasera. Su fuerza reside principalmente en las axilas, la cruz y el cuello. En cambio, la grupa y las ancas son reducidas. Este carácter es especialmente pronunciado en el caso del macho.

La cabeza es grande, la cara más bien estrecha, el morro también es más bien estrecho, la frente lisa más ancha en el macho, más estrecha en la hembra. La cruz es saliente, la espalda es recta y acusa quizás una ligera inclinación hacia adelante. La cola es de nacimiento alto. Tienen desarrollada la papada, el cuerpo poco voluminoso, la ubre pequeña y peluda. Las patas son largas.

El macho mide 1,30 m a la cruz y pesa de 400 a 500 Kg. La hembra es más pequeña: 1,20 m y es un poco más ligera: de 300 a 350 Kg.

Las mucosas no están pigmentadas.

El color del pelo varía según el sexo y la época. En invierno, el macho es leonado oscuro y la hembra leonada, y en verano el macho es leonado y la hembra leonada clara. El cuello, la cruz, las axilas y el lomo forman la zona más oscura. En el vientre, la cara interna y posterior de los miembros, el pelo es más claro. Una línea pálida atraviesa a lo largo la columna vertebral.

Al nacer, los terneros son amarillentos y conservan este color durante dos meses.

La piel es gruesa: no la atraviesan las máquinas tradicionales de las curtidurías que tratan las pieles de vacas domésticas.

En los adultos, los cuernos son primero en forma de U (más abierta en el macho que en la hembra), después en forma de media luna, ya que las puntas se acercan ligeramente (menos en el macho que en la hembra) y en los animales viejos pueden acabar en forma de lira (sobre todo en las hembras).

Vistos de perfil, los cuernos de los machos se encuentran en un plano formando ángulo recto con la frente. En las hembras, la base y la parte mediana se encuentran también en un plano formando ángulo recto con la frente pero las puntas están ligeramente dirigidos hacia arriba.

Los del macho son más gruesos, los de la hembra más delgados. En los dos sexos son blancos nacarados en su parte mediana y presentan un color amarillento oscuro en la punta y en la base.

Tienen anillos correspondientes al menor crecimiento del cuerno durante los inviernos.

Las pezuñas son amarillentas.

DESPLAZAMIENTOS

El pie del Betizu deja una huella que entra en un círculo, mientras que la huella dejada por los animales domésticos es oblonga. Por lo tanto se apoya más sobre la punta de las pezuñas que los domésticos.

Es mucho más ágil y rápido de lo que deja suponer su tamaño y la tranquilidad que demuestra cuando no se le molesta.

Es muy sedentario y el territorio que ocupa mide solamente varios kilómetros cuadrados, es decir, que si no se le molesta, le encontramos siempre en los mismos lugares. En

invierno le gustan las laderas descubiertas y soleadas; en verano, prefiere la sombra de los bosques o de los valles. La nieve le obliga a descender a una altitud más baja y las tempestades le obligan a buscar una ladera menos expuesta. Pero todo ésto no tiene nada de absoluto: solo son tendencias. El Betizu se desplaza con la ayuda de su vista, de su oído y de su olfato. En efecto, ve lo suficiente para reconocer a un congénere a 300 metros. Hemos constatado que memoriza y reconoce itinerarios complicados. Conserva por tanto en la memoria los paisajes e itinerarios del territorio donde habita.

Tiene a su disposición varios gritos, algunos discretos (gruñidos), otros potentes (mugidos) que le permiten contactar con los demás cuando están relativamente cerca pero en un medio donde no existe visibilidad o bien le permiten llamar a lo lejos y encontrar al o a los que busca.

Para terminar, el olfato le ayuda mucho también. En efecto, al desplazarse, el Betizu deja una huella olorosa. Cuando otro Betizu cruza esta marca en el suelo, posee inmediatamente al menos dos informaciones: sabe que quien ha pasado por allí y en que dirección ha ido.

De este modo, un día observamos a un grupo de varias hembras con sus terneros. Una de ellas se aleja para alimentarse, sola sin su cría, que permanece con el grupo. Atraviesa un pequeño puerto. El grupo es molestado y se escapa primero al galope, después al trote, y no se detiene hasta cerca de dos kilómetros del lugar de donde partió. Al cabo de aproximadamente una hora, la hembra en cuestión vuelve a pasar el pequeño puerto que le separaba del grupo y, por supuesto, no encuentra a nadie. Demuestra entonces signos de evidente inquietud, olfatea el suelo desplazándose, va y viene varias veces y, de repente con el hocico a varios centímetros del suelo, soplando ruidosamente a intervalos regulares, al trote ligero, se dispone a seguir con una exactitud perfecta el itinerario de su cría, a la que encuentra al cabo de diez minutos tras haber recorrido los dos kilómetros que le separaban de ella.

REPRODUCCIÓN

El pico de nacimientos tiene lugar en marzo. Cuando siente que se acerca el momento, la hembra se torna inquieta, abandona a su o sus compañeros de grupo y se retira a un valle, a un *touya* (matorral espinoso, aulaga) o un zarzal. Una vez que ha parido, se ocupa activamente de su cría, la lame, después se come la placenta y las membranas. Durante varios días, vela al lado de su cría que pasa la mayor parte del tiempo durmiendo, o la deja escondida en una mata, va a alimentarse y a beber un poco más lejos y enseguida vuelve hacia ella con infinitas precauciones.

Y después un día deja su retiro, se dispone a buscar a sus compañeros y, acompañada por su recién nacido al que todo el mundo viene a olfatear, recupera su lugar en el grupo. El pequeño permanece con su madre y ésta le amamanta durante cerca de un año y tres meses, es decir, hasta junio del año siguiente al de su nacimiento. Pero la separación se lleva a cabo progresivamente: se separan y después se encuentran y más tarde vuelven a separarse... Por otra parte, mantiene siempre una relación privilegiada con su madre, sobre todo si es una hembra. En cambio, si el pequeño pierde a su madre antes de cumplir un año, es decir, antes de marzo, su muerte es prácticamente inevitable.

Esta separación tiene lugar normalmente a partir de junio y coincide con el celo de la madre, celo precedido de combates entre los machos, que hacen vibrar la montaña con sus

bramidos y sus rugidos. Tiene lugar una escena nupcial más bien discreta. En primer lugar, se acoplan el o los machos dominantes pero como las hembras tienen su celo casi al mismo tiempo, machos no dominantes participan también en la reproducción.

Y el ciclo recomienza. La gestación dura nueve meses y medio. El índice de reproducción es bajo: una cría cada dos años.

En cuanto a la longevidad, es corta: un animal de trece o catorce años es viejo: si bien una hembra Betizu no tiene a lo largo de su vida más de cinco o seis crías.

REPARTICIÓN

Parece que la repartición "antigua" del Betizu correspondía a la "montaña vasca", esto es a la depresión pirenaico-cantábrica de los geógrafos, es decir, a la cadena de baja y media montaña y sus estribaciones, donde la altitud varía de cero a cerca de mil metros o poco más, situada entre Roncesvalles y el Alto de los Tornos al sur de Laredo.

En esta región o bien existen aún Betizu (o *larrebei*, *basabei*), o bien se ha conservado su recuerdo, en particular en las Encartaciones y el Este de la Trasmiera, zona de la raza Monchina –algunas personas mayores dicen que la "verdadera monchina" era salvaje, roja, con mucosas y pezuñas sin pigmentar–, así como en la región de Ayala, zona de la raza terreña –algunas personas mayores dicen también que la "verdadera Terreña" era salvaje, roja y tenía las mucosas y pezuñas sin pigmentar. Ahora bien, las actuales Monchinas (es decir montesinas, de los montes, montañesas por tanto, quizás silvestres, salvajes...) y las Terreñas (es decir, de la región...) presentan, aparte del pelaje y de la pigmentación de las mucosas y pezuñas y de algunas otras particularidades secundarias debidas ¿seguramente?, o ¿quizás?, a un cruce con la Tudanca, una morfología y una etología cercanas a las del Betizu.

En cuanto a la repartición actual, es más restringida por dos razones. Por una parte, se han exterminado poblaciones: la del Rhune en 1924 o, por ejemplo, la de Olagüe en 1994; por otra parte, por absorción genética se ha convertido al Betizu en una rubia de los Pirineos, una Terreña o una Monchina. A pesar de que, de hecho, actualmente, solamente existen varias poblaciones entre Roncesvalles y el Gorbea.

FUTURO

El futuro del Betizu parece que tiene que ser diferente según las poblaciones. Por una parte, es un animal salvaje de gran tamaño que se no se acostumbra a una compañía humana intensa, por otra parte, las ideas, las intenciones de proteger la vida salvaje, la diversidad biológica, no han estado nunca tan de actualidad.

Si bien es cierto que, si nada cambia, podemos prever, en un breve plazo, la desaparición y la extinción de las poblaciones genética o etológicamente contaminadas o situadas aún en zonas donde la presencia humana ha llegado a ser tal que el Betizu cada vez se ve más desplazado.

Debieran desaparecer también, por erradicación o absorción, los animales de las poblaciones que carecen de interés para sus actuales propietarios, o aquellos que sus dueños consideran que no merezca la pena conservar en su forma salvaje, en su integridad, y, al contrario, domesticar, alimentan, desparasitan, vacunan, seleccionan, poniéndoles una

campana al cuello, una argolla en la oreja, construyéndoles un refugio, etc., en resumen iniciando su domesticación, su destrucción.

Debieran prosperar en cambio raras poblaciones biológica y etológicamente casi auténticas, que viven en las montañas poco frecuentadas y correctamente gestionadas.

¿QUÉ HACER?

Un estudio científico en profundidad sería bienvenido. Podría considerarse ofrecer consejos a los propietarios y una prima que hiciera a estos animales financieramente más atractivos.

Para controlar la supervivencia del Betizu, serían necesarias reintroducciones en emplazamientos apropiados con seguimiento e incluso gestión de estas nuevas poblaciones. Concretamente, estos emplazamientos elegidos para las reintroducciones podrían ser reservas o parques naturales ya existentes o por crear (Gorbea, Urkiola, Laurgain...) o bien cualquier macizo donde se encuentran ya poblaciones de especies de gran tamaño (ciervo, corzo, jabalí...) siempre que no hubiera bovinos domésticos (¿Zarikieta?). En cuanto a la regulación de estas poblaciones que, a largo plazo, podrían ser demasiado numerosas, podemos contemplar dos soluciones o la combinación de las dos: la caza, que es la solución actual y que permitiría tener una fuente autónoma de ingresos para financiar estudios, primas, guardas... y –segunda solución– la predación natural por el lobo que nos viene del oeste, a lo largo de la cadena pirenaico-cantábrica.

CONCLUSIÓN

Son numerosas las razones que militan a favor de la conservación de la diversidad de las formas biológicas desde la riqueza y el equilibrio de los ecosistemas hasta las reservas de genes que pueden ser un día “útiles”, es decir, explotables, y que son retomadas y apoyadas por personas, agrupaciones, organismos a nivel local, nacional e incluso mundial; pero de todas estas razones ahora conocidas por todos, yo alegraría solamente dos.

La primera es que el Betizu es el último eslabón de una tradición milenaria, es un elemento de la cultura vasca, de la cultura de todos, no renovable. Por respeto al pasado, como testigo del pasado, es nuestro deber conservarlo.

La segunda es que constituye, en sí mismo, una riqueza estética, emocional, que confiere a la montaña donde habita una dimensión diferente.